

XIV

Dolores ocultos

El capitán Nazario Perros no era un genio.
Los genios son raros.

Pero el capitán Perros no era tampoco un tonto.

Las dudas de la señorita de Roye respecto á Cirilo Triquet le habían dado en qué pensar.

Había comprendido, y muy pronto, que el fiel servidor de quien él respondía como de sí mismo, había jugado un papel bastante oscuro en sus asuntos.

Hombre de imaginación, después de haber pasado el pro y el contra, había deducido de sus meditaciones esta conclusión: que Triquet le había vendido miserablemente.

Sin embargo, hacía dieciocho años que no se separaba de él.

El capitán Perros era bondadoso por naturaleza y compasivo para con las debilidades humanas.

Triquet, obligado á hablar, lo había confesado todo, y debía su absolución á la completa confesión de sus faltas.

En el fondo había pecado por ignorancia.

El capitán le disculpaba, pues, y cubría al pobre diablo con su protección y silencio, á pesar de las desgracias que había causado.

Con un adversario del temple de Santiago de Brandes, pensaba, no sin alguna razón, que no era fácil evitarlas, y que si estas desgracias no hubieran ocurrido de aquella manera, hubieran ocurrido de otra.

Triquet ignoraba casi todo lo que había pasado, y si sospechaba ciertos misterios, no sabía nada preciso acerca del nacimiento de la hija de Germana, de su robo y de las causas del duelo de Roberto con el barón de Brandes.

Esta historia era conocida tan solo por Germana, Santiago de Brandes, el general de Treville, Ursula y el capitán Perros.

Germana había desahogado su dolor confesándole todo á su tío, que la consolaba con la ternura del abuelo por un nieto adorado.

La marquesa de Bresse, la bella Laurencia, no conocía más que una parte del drama, es decir, el embarazo de su inocente rival y su alumbramiento.

Santiago de Brandes no había tenido necesidad de decirle más.

Además, arrastrada por el mundano torbellino, en que se lanzaba cada vez con más ímpetu, apenas tenía tiempo de pensar en odios secretos, modificados por el tiempo, y que nuevas pasiones ó nuevos caprichos borraban.

Triquet suponía que no se trataba más que de rivalidad de intereses y de amor entre Santiago de Brandes, á quien quería servir, y los Beaulieu, á quienes había profesado un odio antiguo y casi legítimo.

El capitán comprendía, pues, el móvil que le había impulsado, y le conservaba á su servicio, con la idea de sacar de él el mejor partido posible en el momento oportuno.

Además, estaba interesado por el pobre muchacho, que redoblaba su celo para con él.

Fuera de este estrecho círculo de confidentes, Germana reservaba sus dolores.

Por todas partes, en sus viajes, y sobre todo, desde su vuelta á Paris, afectaba mostrar frente serena, y su fisonomía no manifestaba la menor emoción.

En su casa, cuando se encerraba en su habitación, la máscara caía y entonces era presa de desalientos y de tristezas en las cuales la mujer y la madre mostraban toda su debilidad.

El capitán Perros la sostenía potentemente, y tal vez era el único que conservaba una esperanza.

Después de la tentativa de Germana, en la calle Jacob, Perros se había dedicado á las más activas averiguaciones, para satisfacer el deseo de aquella á quien consideraba como á su ama, y á la cual profesaba un cariño sin límites.

¿Cómo hubiera podido vivir al lado de aquella criatura, tan buena, tan generosa, tan dulce en el fondo, á pesar de la arrogancia de su aspecto, sin quererla y apasionarse por ella?

No era cariño el que el Breton profesaba al general, y sobre todo á su sobrina, era un verdadero culto.

En pocos meses acababa de remover cielo y tierra. Había puesto en movimiento los mejores agentes de policía, pero ¿cómo descubrir una niña cuyo país y nombre se ignoraban y de cuya fisonomía no se poseía ningun indicio?

Hubiera sido preciso un milagro para llevar á cabo una empresa tan árdua.

Así es que el capitán, desde hacía algun tiempo, trataba de trazar otro plan.

Se repetía á cada instante que aquel secreto que se quería descubrir, estaba en poder de Santiago de Brandes, y que puesto que no se podía conocer por buenas, ni comprarlo á peso de oro, era preciso resolverse á arrancárselo.

Verdad es que en esto se encontraría en presencia de dificultades que no eran fáciles de superar.

Santiago de Brandes debía haber tomado sus precauciones. Además, no se podían negar ni su

astucia ni su valor. Por último, su obstinación estaba fuera de duda.

Pero el capitán Perros se obstinaba en conseguirlo.

¿Cómo?

Con un adversario del temple de Santiago no había muchos medios.

El capitán los buscaba, pensando en que con dinero y con una voluntad firme nada hay imposible.

Entre tanto alentaba á Germana con una confianza que el mismo no tenía.

—No hace más que tres meses á penas que hemos empezado la obra, la decía. ¡Paciencia!

Casi todas las mañanas montaba á caballo Germana é iba dar un paseo al Bosque de Bolognia seguida de un criado.

Allí encontraba á sus amigos; á la condesa de Fresneuse y su marido, que iban con frecuencia á buscarla, á la marquesa de Bresse, escoltada siempre por un grupo de adoradores, y algunas veces al vizconde de Beaulien.

El desgraciado iba á todas partes donde tenía probabilidad de encontrar á Germana.

Germana por su parte no esquivaba el encontrarse con él.

No dejaba de causar admiración, á los que estaban al corriente de las historias mundanas el ver aquellos dos esposos (que no habían estado jamás unidos y que una sangrienta catástrofe había separado, en el momento que iban á pertenecerse) hablarse como amigos en aquel magnífico paseo, mientras que sus caballos alargaban el cuello para fraternizar.

Roberto de Beaulien revivía desde la vuelta de Germana.

—¡Os veo cerca de mí—la decía—y esto es ya una dicha! Roberto no conocía la misión que tenía que cumplir Germana, y de la cual le había hablado.

Ella no le revelaba su secreto.

Pero desde hacía muchos años la defendía contra su propia razón.

¿Su conducta durante diez y ocho años, no era una prueba evidente de su inocencia?

Por su parte, Germana le hablaba con dulzura, pero evitando toda alusión al pasado.

Si Roberto trataba de hablarla de su amor, ella le retenía con un gesto.

—¿No hemos aprendido á sufrir vos y yo?—le decía un día.—Pues bien, suframos con valor.

En el fondo de su alma estaba conmovida por la creciente pasión que sentía por aquel desgraciado, cuyo amor no podía negar.

Germana le compadecía, y en realidad, ¿qué podía censurarle? ¿No había sido engañado, por mucha que fue a su fé, por apariencias que se la mostraban tan culpable? ¿No era él la segunda víctima del crimen de Santiago de Brandes?

En los primeros días de julio, después de pasar algunos días en el castillo de Roye, en Sena y Marne, se decidió, á instancias del capitán Perros, á partir para los Essarts.

Cuando dió esta noticia al vizconde de Beaulieu, al encontrarle en el Bosque, este tuvo un momento de ansiedad.

En los Essarts estaría cerca de Santiago de Brandes.

—Ya veis—le dijo Germana con amargura al notarlo—que el mal es irreparable, y que es preciso que vivamos separados!

—¡Separados!

Roberto se puso pálido como un sudario y vaciló sobre su caballo.

La señorita de Roye se vió obligada á tenderle la mano para sostenerle.

—Animo—le dijo.—Yo tengo mucho aunque soy mujer y mis dolores son mayores que los vuestros.

La mano del vizconde abrazaba.

—¿Qué teméis en los Essarts?—repuso Germana.—¿Los recuerdos? Creedme, amigo mio, cuando pienso en los días en que habitábamos allí, uno solo es el que me comueve...

—¿Y es?...

—El de nuestra amistad de otros tiempos.

—¿Y nuestro amor?—preguntó Roberto.

—Tengo un sagrado deber que cumplir. Todos los días me ocupo de esa misión y todos los días sufro una nueva decepción. ¡Ya no tengo corazón, ó más bien, mi corazón no es más que una llaga que oculto por orgullo! ¡No es amor lo que debéis sentir por mí, Roberto, debe ser compasión! Siento vuestro mal, me hace sufrir tanto como el mio. Vuestra paciencia, vuestra dulzura para conmigo, me han conmovido profundamente...

—¿Germana!

—¡Venid á los Essarts, á aquellos lugares en donde hemos paseado tantas veces cogidos de la mano, durante nuestra feliz juventud, venid! Tal vez tenga fuerzas para deciroslo todo. ¡Y entonces sabreis quién de los dos ha sufrido más! Lejos de vos, casi os aborrecia...

—¿Y ahora?

—Ahora, Roberto, no siento más que compasión por vos y por mí, y maldigo á la fatalidad que nos ha separado.

—¡Ah!—exclamó Roberto trasportado de alegría.—¿Qué es preciso para reunirnos?... ¿Qué hay aun entre nosotros? ¡Decídmelo, Germana, y os juro que superaré todos los obstáculos!

—Vos no podeis nada ahora contra ellos. ¡Pero Dios tendrá tal vez compasión de mí, y entonces!...

Roberto la miraba con ojos que brillaban por la fiebre.

—Entonces—prosiguió Germana con temblorosa voz—entonces seré tan feliz, tan feliz, que no querré ver más dolores á mi alrededor, y os diré á vos tambien:

—¡Concluid!

—Esta palabra tan dulce... ¡Esperad!

—¡Ah! ¡Sois un ángel!—dijo Roberto.—¡Cuánto os amo!

—¡Viene gente!—dijo Germana con viveza. Y su pálido y hermoso rostro tomó su expresión altiva, casi desdeñosa.

Saludó con el látigo al vizconde, sonriendo, y puso su caballo al galope.

En efecto, una media docena de ginetes desembocaba de un paseo trasversal, detrás de una amazona de gran belleza, montada en un magnífico caballo blanco.

La dama era rubia y de suprema elegancia. Era la marquesa de Bresse.

—¿No era la señorita de Roye á quien hablabais hace un momento?—preguntó la marquesa á Roberto.

—La misma.

—¿Y qué os deciais? sin que sea curiosidad...

—¡Yo—dijo Roberto—la decia que la venero y que la amo!

—¿Y ella os ha contestado?...

—Marquesa, si quereis saberlo, id á preguntárselo. Es un secreto que no me pertenece.

La bella Laurencia se mordió los labios. La ocurría una duda.

¿Iba á reunirse aquel matrimonio, tan violentamente separado hacia veinte años?

Al día siguiente por la noche, Roberto de Beaulieu llegaba á la imponente masa del castillo paternal.

Germara le habia citado en aquel país en que se habian conocido, en que se habian amado. Iba á esperarla.

XV.

Rivalidades.

Quien no estaba contento, en particular, en el Tisserand, era Fortunato Venotte.

Aparentando siempre bondad y buen humor, se creia en el fondo muy vejado, y cuando el expolizante se creia vejado, se ponía bilioso y se volvía tan dañino como una seta venenosa, pero sin que esto apareciera en su fisonomía.

Venotte era maestro en el arte de disimular. Además no tenia por qué quejarse de su protegida.

Juana le acogía siempre con una graciosa sonrisa, un poco melancólica ¡pero tan dulce!

Una cosa sobre todo admiraba extraordinariamente al inspector.

La novela comenzada una tarde en el muelle de los Agustinos, parecia cortada bruscamente en su primer capítulo.

Con el carácter de Servoz parecia esto completamente inverosímil.

Ahora bien, el ojo de lince del inspector, por esperto que fuese, no podia descubrir nada anormal en el taller de confecciones.

Venotte desconfiaba y redoblaba la vigilancia.

Todos los días se colocaba en punto en donde pudiera ser menos sospechoso y permanecía dos horas en observación.

Al cabo de algún tiempo dijo al patrón que le interrogaba:

—Es un fuego oculto que estallará uno de estos días.

En efecto; cuando Servoz creía que no le observaban, devoraba á Juana Aubin con ardientes ojos; la espiaba en el juego de espejos y á veces, cuando podía sorprenderla en algún rincón aislado, fijaba sus ojos en los azules ojos de la pobre muchacha, sin pronunciar una palabra.

Y los temores de Juana eran cada vez más vivos.

Ella era, sobre todo, quien preveía la explosión vaticinada por Venotte y la preveía muy próxima.

Servoz se mostraba cada día más irritado y más nervioso.

El mismo día en que Andrés de Fresnaye había debido recibir la respuesta á su declaración, Juana, completamente entregada á sus pensamientos, estaba de pie delante de un armario, cuando de pronto se encontró frente á frente de Servoz.

La joven hizo involuntariamente un movimiento de sorpresa.

—¿Os asusto?—dijo Servoz tratando de sonreír.

—No... ¿por qué?

Si se hubiera atrevido á confesar la verdad, hubiera dicho lo contrario.

Servoz examinó rápidamente los alrededores.

—No sé lo que siento al veros—la dijo.—Encendeis un horrible fuego en mí. Ni vivo ya ni pienso. Es preciso que esto concluya.

—¿Quereis que me vaya?—dijo sencillamente Juana.

Los dedos de Servoz se contrajeron de impaciencia.

—No—dijo con viveza;—seguid aquí; lo quiero. Pero tengo que hablar con vos por última vez.

—Si es para repetirme lo que ya os he oído, es inútil.

Servoz la contempló dos segundos.

Juana parecía no experimentar ninguna emoción.

—No—dijo Servoz, admirado de la serenidad que demostraban las facciones de la joven,—no, os diré otra cosa—añadió con una especie de indignación contra sí mismo,—y perdonadme. Soy un bruto en hablaros así; pero no me queerais mal. No se acostumbra uno...

—¿Pues bien!—repuso Juana, conmovida por aquel cambio—¿qué es lo que quereis decirme?

—No podemos hablar aquí... ¡Nos espian! Venotte nos vigila... Los demás están á la expectativa. ¡Concededme esta noche!

La frente de Juana se oscureció.

—Os juro que no teneis nada que temer de mí—repuso Servoz.

—Pues bien, sea; pero solo un momento. Mi hermana me esperará...

—Si quereis, iremos en su busca... Podreis reuniros en las Tullerías.

—Bueno.

—Hasta la noche.

Desde un balcon que caía encima de donde estaban, lo había visto Venotte todo.

—Esto marcha—pensaba, engañado por la aparente calma de la joven.

Y se fué, encogiéndose de hombros.

—¡Oh, las mujeres—decía para sí, apretando los puños.—¡Todas son iguales!

A la esquina de la calle Vizconti, Juana fué alcanzada por Servoz á las ocho.

Pero ella entró en su casa diciéndole:

—Seguid adelante un momento; yo os alcanzaré.

Abrigaba la esperanza de encontrar en casa del abuelo Gombault, contestación á su carta.

Allí estaba, en efecto, la contestación.

La cogió, corrió á colocarse bajo los árboles, rompió el sobre con rapidez y leyó avidamente estas cortas líneas:

«¡Olvidaros! No lo creais, — escribía el interno, — aun cuando yo lo quisiera, ¿me sería posible esto? ¿No poseis por completo mi corazón? Solo que teneis razon, no os volveré á ver, adorada mía, pero no me prohibireis pensar en vos, ¿no es verdad? Voy á trabajar con ardor para preparar el porvenir. ¡Renunciar á vos, Juana! Eso sería un crimen contra mi mismo. Sois mi amor y sereis mi felicidad. ¡Os amaré toda mi vida y no podré amar más que á vos!

»ANDRÉS.»

Juana leyó con delicia aquellas frases que esperaba leer.

Si se las hubiera dictado ella misma, no lo hubiera escrito de otro modo. Estaba inundada de alegría.

—Si; yo te amaré lo mismo, —decía, — y no amaré más que á ti.

Besó la carta y la guardó en el pecho como un talisman.

Despues, fiel á su promesa, volvió á pasar por delante de la habitacion del abuelo Gombault. El buen hombre la llamó:

—Señorita Juana, venid que os ponga yo una flor, —la dijo. —¿Adónde vais?

—A respirar, á tomar el aire esperando á mi hermana.

Gombault la colocó en el pecho una rosita rodeada de verdes hojas.

—Así, —la dijo, —estais hermosa como la aurora.

Juana estaba muy animada.

A pesar de todas sus ansiedades, creia en la felicidad.

¡A Dios gracias! hay aun sobre la tierra buenos corazones.

Juana veia en su imaginacion las finas y arro-

gantes facciones del interno, sus francos y leales ojos, que miraban de frente, tan espresivos, que Juana habia leído en ellos desde el primer día los sentimientos de simpatía y de naciente ternura que debian desarrollarse tan pronto en el alma de su vec no.

Llegaba al puente del Carrousel, olvidando su cita, absorta por aquellos encantadores sueños, cuando la voz de Servoz la llamó á la realidad.

—¡Eh, señorita! —la dijo.

Juana se excusó graciosamente.

—Me he detenido por una carta y os he hecho esperar. Y además, la noche se acerca. ¿Adónde vamos?...

—Hacia las Tullerías.

—Vamos á ver —repuso Juana. —¿Quereis hablarme?... Aquí me teneis: os escucho.

Servoz se engañaba acerca del motivo de la alegría que notaba en Juana.

Y como él vacilaba, perplejo, sin saber cómo abordar el asunto:

—No debeis estar descontento de mí —le dijo.

—Al menos hago todo lo que puedo para no merecer reprensiones.

—Es verdad.

—Espero que hagais que me den sueldo. Procuraré ganarlo.

—Vamos, con franqueza: ¿creeis que podreis vivir con vuestro trabajo?

—Sí. ¡Necesitan tan poco dos mujeres!

—¡Tan poco! ¿Y los trajes?... ¿y la ropa blanca, alquiler de casa y otras mil cosas?... ¡A menos de privarse de todo!

Juana se encogió de hombros.

—Puesto que es preciso... —dijo suspirando y tratando de llevar la conversacion á otro terreno.

Llegaron al pabellon de flora.

Juana intentaba aún entretener á Servoz y ganar tiempo.

Su hermana no debía tardar en llegar.

Juana se dirigia por la calle que atraviesa el

jardin, pero él la condujo hácia el terraplen de la orilla del agua.

—Venid,—la dijo,—por aquí estaremos más solos, y es preciso que lo sepais todo.

Ella no se atrevió á resistir.

—Vamos,—dijo resignándose.

No había más que algunas parejas aisladas que paseaban por aquella avenida, casi siempre desierta.

—Vamos á ver,—dijo Servoz animado por la semisoladad de aquellos lugares.—¿No quereis comprenderme?...

—¡Peró!...

—¡Oh! os complacéis en atormentarme y en reiros de mí; Desde que estais en el almacén me trastornais...

Y apoyó estas palabras.

—Aunque me tienen por violento. ¡No he amado á ninguna mujer y en verdad no sabía ni aun lo que era amor! Pero vos me haceis sentir una cosa que no es un capricho, es una exaltación, una locura, una demencia, absurda puesto que me quita toda libertad de espíritu. Ayer, el señor Plessis, me hizo una observación:

—¿En dónde teneis la imaginación?—me dijo con bastante sequedad.

—Tiene razón. No estoy en lo que se dice. ¡Estoy con vos! ¡Sueño con vos! Y como os he dicho esta tarde, es preciso que esto concluya.

Servoz hablaba con una rapidez febril.

—Nosotros no podemos vivir juntos bajo ese pie. Es un infierno para mí. ¡Os costaría tan poco poner término al mal que me causais!

—¡Es bien involuntario!—balbuceó Juana.

—Existe y eso es lo principal,—dijo bruscamente Servoz.—¡He buscado el remedio... El grande... el soberano... la panacea!...

—Mi alejamiento, ¿no es verdad? Mañana habré abandonado la casa.

Servoz se echó á reír, pero con risa nerviosa.

—¡Es admirable, y con esa dulzura fingida irritaríais á un santo! ¡Iros vcs! ¡Si yo hubiera creído salvarme con eso, hace ya mucho tiempo

que os hubiera despedido! ¡He pensado en ello, y más de una vez! ¡Pero despediros para que entraseis en otra parte—porque siempre se coloca uno, bien ó mal, cuando se tiene vuestra cara,—y que concluyeseis por ceder, viendo que es imposible hacer otra cosa, ¡no, no, no! ¡Os tengo, os guardo! Si es preciso deciroslo todo, os diré que moriria de una apoplejia si supiera que otros podian mandaros y hablaros como yo os hablo. Si, estoy celoso, ferozmente celoso, y seré capaz de todo por vos.

Se interrumpió bruscamente.

—Escuchad—la dijo.—Gano de quince á veinte mil francos por año. ¡Pronto ganaré el doble! ¡Voy á hacerós una proposición! Me hubiera admirado mucho si me hubieran dicho hace seis meses que habria de llegar á esto. ¿Quereis ser mi querida? ¡Todo será vuestro! Abandonareis el almacén. Os amueblaré con gusto un piso. Tendreis criados y no hareis más que lo que os plazca. Sereis la dueña, ¿lo entendeis? ¡Quién sabe lo que llegaré á ser yo más tarde! ¡Por qué no he de ser el jefe del Tisserand algun dia?...

A pesar de la creciente oscuridad, Servoz vió que Juana palidecia.

—¡Caballero!—dijo—¿es para insultarme para lo que me traeis aquí?

Servoz se detuvo cortado.

No comprendia.

—¡Yo insultaros—dijo,—cuando os hago una oferta que trasportaria á todas vuestras compañeras! No hay una sola que no esté dispuesta á arrojarseme al cuello si la propusiera solamente la mitad.

—Debeis engañaros.

—¡Engañarme! ¿Pero de qué barro estais formada? ¡Cómo! ¿estais condenada á vejetar en la miseria, sometida á toda clase de caprichos, quiero sacaros de esa galera, asociaros á mi vida, que no carece de cierto esplendor, y no para un momento, sino para mucho tiempo, para siempre, y decís que os insulto!

Se incomodaba y hablaba cada vez con más insolencia.

Era preciso dar una lección á aquella jóven, demasiado altiva, y dar fuerte para abrirla los ojos.

Cuanto más veía él al hablar su plegada frente, su lábio desdenoso, su paso tranquilo, más se irritaba, agitado por un deseo brutal, y pensando que era preciso someterla y poseerla á cualquier precio.

Pero obtenía un resultado que no esperaba.

A medida que hablaba, empleando los más groseros é indecorosos términos, Juana estaba más glacial y era más dueña de sí misma. La ola de cieno pasaba por encima de su cabeza y no la salpicaba.

—¿Sabéis—repuso Servoz—'o que me decía el otro día vuestra hermana? Me contaba que estaba cansada de su aprendizaje; que quieren que haga cosas que no la gustan. Eso es peor que lo que vos podeis suponer. Conozco la casa. La patrona no se chancea; es preciso obedecer sin vacilar. Un comprador descontento os pone á la puerta de la calle. ¡Y los conozco exigentes! ¿Qué es en cambio lo que yo os ofrezco? Una vida tranquila, no más inquietudes! Seré yo quien se cuide de todo; no os cuidareis más que del placer. ¿Rehusareis? Sería preciso tener la cabeza muy dura y sé que vos no la teneis.

—¿Y si dijese que no acepto?

—¡Vamos, eso no es en serio!

—Sí.

Servoz se pasó la mano por la cabeza.

Sudaba, y se limpió con el pañuelo.

—Es que teneis alguna inclinacion—observó;—tal vez ese joven á quien he visto que hablabais esta mañana: un estudiante, al parecer...

Juana se puso colorada: pero no se podía notar por la obscuridad. El día cedia decididamente su puesto á la noche.

—Es tarde—dijo Juana.—Permitidme que me retire.

—No. Concluyamos la cuestion. No temais.

—¡Pues bien! Volvamos, y dadme el brazo, si quereis.

No estaba tranquila encontrándose sola con él en aquel sitio tan obscuro.

—En seguida—dijo Servoz con sequedad.

Parecía que reflexionaba.

Desde que Juana Aubin se habia expresado con tanta precision, tanta firmeza y tranquilidad al mismo tiempo, habia perdido su aplomo.

Le desconcertaba con su flemma y su fria calma.

—Ya veo lo que es—repuso Servoz, pero vacilando.—Teneis escrúpulos. Venis de provincias. Sois de las que les gustan las ceremonias en la alcaldia y en la iglesia.

—Sí—dijo Juana;—justamente.

—Francamente, no he pensado jamás en condenarme. Pienso que es mejor ser libre. Mientras que se está de acuerdo, se vive juntos; el día en que se deja de estar de acuerdo, se separa uno. Voy á sitiáros en vuestras últimas trincheras. Tanto peor si se burlan de mí. Puesto que lo exigis, me casaré con vos, ¡y con todas las reglas!... ¿Qué decis á eso?

Y con estrepitosa risa, añadió:

—¿No esperábais esto, eh?

Juana no respondió.

Su corazon se sublevaba.

Esta proposicion, despues de aquella odiosa seducccion, reservada como último medio de conseguir su propósito, la heria tanto como todo lo demás.

—¿No decis nada?—la preguntó.

Juana quiso ganar tiempo.

—Ya comprendereis,—le dijo—la sorpresa...

¡No, como vos decis, no esperaba lo que acabo de oír!

—¿Y teneis necesidad de pensarlo?

—Sí... debo pensarlo. Ya comprendereis... eso es muy grave... con vuestro carácter...

Servoz tuvo en aquel instante un buen pensamiento.

—Pues bien, tomacs tiempo. No me opongo.

Sin embargo, hubiera deseado que os decidierais pronto... Pero comprendo que mi carácter os asusta. Pues bien, voy á explicaros: es brusco, es violento, es grosero...

No me he educado sobre las escaleras de un trono, he recibido más palos que pedazos de pan en mi infancia. Me han tratado como á un negro; yo trataba á los demás lo mismo. ¡Es una mala costumbre! Pero si me concedéis lo que os pido, creo poder decir que os haré tan feliz como pueda serlo una mujer. Moveré montañas por agradaros; os haré rica ó perderé mi vida. Quitaré la piel á los demás para ponerla á vuestros pies. Esto es todo lo que puedo deciros. Y ahora, si quereis, retirémonos.

Servoz estaba ahora humilde y cariñoso.

Era una metamorfosis.

—Sí, retirémonos—dijo Juana;—se hace tarde.

Salieron del jardín y atravesaron el puente Real.

Una porcion de gente estaba reunida cerca del terraplen del lado del Trocadero.

Unos marineros traian en su chalupa dos jóvenes ahogadas.

—¿Veis?—dijo Servoz.—Los dramas de la miseria.

—Alejémonos—dijo Juana.—Eso es angustioso.

Continuaron su camino en silencio.

Servoz se quedaba un poco atrás, no pudiendo separar sus ojos del admirable talle de Juana.

Sus hermosos cabellos rubios se escapaban en enortijados rizos sobre su blanca nuca.

Servoz sentía una especie de vértigo que le irritaba consigo mismo.

Toda la sangre se le subía á la cabeza. Un deseo reprimido le abrasaba el corazón.

Juana era soberbia, no había que negarlo.

¡Entre todas las mujeres que él había conocido no había existido ni una que le hubiera interesado, que le hubiera trastornado como ella!

En el momento de separarse de ella la cogió la mano y la dijo:

—¿Me dais la contestacion?

—Sí.

—¿Pronto?

—Sí, muy pronto... dentro de algunos dias.

Servoz se mordió los labios.

—¡Dentro de algunos dias! Sea—dijo con impaciencia.—Hasta mañana.

El se volvió por el muelle.

Estas palabras, «dentro de algunos dias», le irritaban violentamente. ¡Cómo, dispensarla él el honor de ofrecerla su mano y necesitar algunos dias para reflexionar!

¡Para que no hubiera aceptado con entusiasmo esta oferta, era preciso que hubiera un obstáculo secreto!

¡Un amante, tal vez!

El, que estimaba en tan poco á las mujeres, ¿por qué tenía tanto interés por esta?

Que, ¿no era como las demás?

Juana entretanto entraba en su casa.

Encontró á Colette medio desnuda, sentada en una silla al lado del balcón y dándose aire con un abanico.

—¿Estás ahí?—la dijo Juana.

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—No, acabo de llegar. He comido en un *restaurant*.

—¿Te han despedido?

—Poco menos, ó soy yo quien se ha despedido. No estoy segura.

—¿Por qué?

—Figurate que he faltado al respecto á la señorita Angela, ¡á esa majestuosa pécora!

—¿A propósito de qué?...

—De la consigna. Ya sabes; «las complacencias que es preciso tener.» La he dicho:—«Tened las vos. Por mi parte no quiero tenerlas.» La he tirado un sombrero á la cabeza. Se puso colorada como la cresta de un pavo. Creí que iba haber una cuestion. Y salí tranquilamente. En

el momento en que salía, oí á Marta, la escualida pequeña, que decía á su hermana: ¡Caramba, tiene razon esa jóven! Hace mucho tiempo que debiera haberte dicho eso mismo. Y la otra replicaba:—Ella verá lo que la vá á costar esto. Pero apenas podía hablar. En fin, ya me tienes en la calle.

La rubia cambió de traje y procedió á esa *toilette* de la noche, con ese cuidado que no abandona jamás á las jóvenes verdaderamente elegantes, ni aun á las más pobres.

Se puso un peinador y fué á colocarse al lado de Colette.

—¿Por qué has estado tanto tiempo en esa horrible casa?—la dijo abrazándola.

—Porque como tú comprendes, no se sabe.... Cree uno que se trata solo de ser diligente, activa, de hablar á las gentes con cariño y de vender todo á precios fabulosos, bajo el vano pretexto de que son objetos de arte. No se inicia uno desde luego en los misterios del tráfico.

—De modo, querida, que ya no tienes colocacion?

—No,—dijo Colette con indiferencia.

—Yo no tendré dentro de poco nada que enviarte.

—¿Vas á perder la tuya?

—Lo temo.

—¿Por qué?

—Esa es otra historia! Hay en la casa un hombre de más.

—¿Servoz?—preguntó Colette con viveza.

Juana inclinó la cabeza.

—Estaba segura de ello... ¡Sus preguntas!...

¡Sus encabiertas amenazas!

—¡Me ha propuesto ser su querida!

—¡Terminantemente!

—¡En pocas palabras! Y como veía que esme disgustaba, me ha pedido que me case con él. ¡En pocas palabras tambien!

—¿De modo que—dijo Colette—los medios le importan poco con tal de que llegue al fin!

—Justamente.

—Yo no podría verle en mi casa ni aun en pintura—dijo la mayor con la despreocupacion de lenguaje que habia adquirido desde que vivia en esa sociedad especial de los talleres.—¡Me causa pesadillas ese pájaro! ¡No habla más que de poner gente á la puerta de la calle! ¿Qué le has contestado? Creo que no le querrás. Yo preferiria tragarme el láudano del frasco del doctor Aubry, á ir ante el alcalde con ese saboyano.

Colette hablaba con una especie de irritacion mal comprimida.

—Bien sabes tú que no amaré más que al hombre á quien ame con todo mi corazon,—dijo Juana con dulce acento.

—No tienes necesidad de decírmelo, hermanita—dijo la mayor.—¿Pero qué vá á ser de nosotras?

—¡Ah! ¡no lo sé!

Juana añadió pasando el brazo alrededor del cuello de Colette:

—¡Lo que Dios quiera! Esperemos que él no nos abandonará.

—Procura dar largas al asunto—repuso Colette.—Procuraré por mi parte buscar colocacion para las dos. Paris es grande, encontraremos. Estáte tranquila.

Ella procuraba aparecer más tranquila de lo que lo estaba.

Apareció una luz en las ventanas del interno.

—Y el vecino—preguntó Colette—¿te ha contestado?

—Si.

—¿Qué te dice?

—Que me amará siempre.

—Ya lo ves, querida Juana, no debemos desesperarnos—dijo Colette, besando los hermosos cabellos de su hermana.—Puede ser que eso sea la salvacion. Ya verás.

La hija de Germana le devolvió su beso, diciendo:

—¡Dios te oiga!

Donde se prueba que las paredes oyen.

El honrado Bidoux seguía al servicio del heredero de la señora Chambly.

Bidoux y Justina eran los reyes de Montiers.

El Brasileño adoraba Paris.

Nada le obligaba á abandonarlo.

Con los restos de su fortuna y los cuatro ó cinco millones de su tía, se encontraba en situación de desplegar un gran tren y de figurar mucho, al menos durante algunos años, si era razonable, pero Urbano Salvador ignoraba el arte de contar y de establecer equilibrio en su presupuesto.

Sea de esto lo que quiera, Bidoux no había arreglado cuentas con él, y Bidoux poseía la prudencia de la serpiente.

Pasaban las semanas y el heredero no hablaba de arreglarlas.

Bidoux pensaba en esto más de una vez por día, pero retrasaba la *ceremonia* hasta el día de la entrega de los fondos.

Salvador había dado su palabra, pero hubiera sido mejor que hubiera dado la cantidad.

Bidoux y Justina estaban impacientes.

Y existía una cuestión que Bidoux revolvía en su cabeza desde hacía algunos días: la de saber si realmente debían contentarse con doce mil francos de renta.

Eso hubiera sido bueno antes del descubrimiento de Montiers; pero Justina poseía aquel testamento y Bidoux estimaba que, dados los términos del precioso papel, este valía más que la cantidad convenida.

Justina no había hablado del testamento á Urbano Salvador.

Esperaba.

Aquel testamento, una simple hoja de papel sellado, cuyo modelo había dado el notario de Noroy, el señor Pescheux, estaba en seguridad. Justina lo había depositado en casa de su padre, el jardinero de Montiers.

Este era un buen hombre, sencillo, y que se hubiera admirado mucho si le hubiesen dicho á qué criatura tan viciosa había dado el ser.

La casita en donde vivía solo, desde hacía siete años que estaba viudo, estaba escondida bajo el follaje.

Por tres de sus cuatro lados estaba á cubierto por los bosques. El otro daba frente á la verja del huerto.

El buen hombre, para quien todas las felicidades de la tierra se reasumían en la contemplación de sus bosques, pasaba días enteros, desde la salida del sol hasta que se ponía, en los jardines del castillo, cuidados por él con mucho esmero.

Justina era la dueña absoluta de aquella casita, en donde tenía un cuarto que habitaba cuando quería.

Algunos días despues del paseo de Servoz y de Juana Barfleur por las Tullerías, á eso de las tres de la tarde, Justina, cuyas ocupaciones en el castillo eran muy pocas desde la muerte de su ama, llegaba con vacilante paso á la casa paterna.

A aquella hora no estaba en ella nunca el buen hombre.

El calor era sofocante.

Los criados que conservaba Salvador para la custodia del castillo, que se proponía vender tan pronto como tuviera comprador, dormían la siesta.

Se hubiera dicho que el parque estaba desierto.

No se sentía un soplo de aire y apenas si las hojas de los álamos experimentaban un ligero estremecimiento.

Justina se sentó en una butaca de junco y puso los codos sobre los brazos de ésta con bastante gracia.

Su vivo rostro estaba un tanto preocupado y parecía menos provocador.

Tenia alguna pena.

Tal vez si se hubiera conocido detalladamente su historia, se hubiera podido pensar que el acto que había llevado a cabo a instancias de Urbano Salvador, la había dejado alguna pesadumbre.

No la gustaba estar sola, y cuando se paseaba por algún sitio solitario del parque, el menor ruido la hacía estremecerse.

No creía en los aparecidos.

No había visto jamás ninguno; pero de cuando en cuando la figura de la señora de Chambly se la presentaba en su imaginación.

Aquello no era más que una ilusión; pero creía verla con los ojos hundidos, que se fijaban en ella, y los labios que se agitaban como para maldecirla.

La noche, sobre todo, era penosa para ella.

Sin embargo, la doncella se consolaba pensando en que el tiempo haría desaparecer aquellas pesadillas.

Hacia veinte minutos que estaba allí, cuando un segundo personaje se acercó a la casa del jardinero.

Era un hombre grueso, ancho, bajito, y de una obesidad extraordinaria para su edad.

Llevaba un Panamá abollado, un traje gris, cómodo y sin pretensiones.

¡Oh! este debía tener la conciencia muy tranquila, porque su expansivo rostro, su enorme tronco, su prominente abdomen, en una palabra, todo su ser, respiraba el más perfecto contento.

Este hombre era Bidoux.

Al acercarse al pabellón, llamó con la mano é hizo dos veces:

—¡Chis! ¡chis!

Justina fué á la ventana y apareció en un marco de madre selvas y rosas de bengala.

—¿Estás sola?—le preguntó Bidoux.

—Sí.

—¿No vendrá tu padre?

—No hay cuidado.

El cochero examinó los alrededores con una mirada circular.

Los paseos estaban desiertos y la verja del huerto cerrada, para protegerlos contra la invasión de los conejos del parque.

Bidoux se aproximó y dió un vistazo al dominio del jardinero.

El buen hombre, con la pipa en la boca y un escardillo en la mano, se ocupaba en arreglar las plantas.

Entonces, tranquilo por la soledad del pabellón, Bidoux se introdujo en él y cerró la puerta.

De ordinario no tomaba tantas precauciones, pero tenía que hablar seriamente con Justina.

Al llegar le dijo:

—¿Sabes, pequeña, que es preciso concluir?

—¿Con quién?

—Con ese buen Salvador, que no se apresura á darnos la moneda.

—Nada apremia—observó la doncella.

—¿Lo crees así?

—Sí, la fortuna de la patrona es demasiado grande. No se la tragará él en ocho días.

—¿Quién sabe?—dijo Bidoux.—Con esos glotonnes, las tajadas son dobles y puede haber un déficit enorme. ¡Razonemos!

Para razonar, Bidoux se sentó cómodamente

en una butaca, igual que la que ocupaba Justina, y se puso de codos sobre una mesita colocada entre los dos.

Hemos dicho que no se sentía un soplo de aire.

Sin embargo, se hubiera podido oír fuera, bajo una ventana que daba sobre un bosquecillo de frondosos arbustos, el ligero roce de un cuerpo en las ramas.

Aquel ruido fué casi imperceptible.

—He aquí lo que hay que hacer. Irás á Paris,—dijo Bidoux.

—¿Yo?

—Sí, tu.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Y qué diré al señorito Salvador?

—¡Ah! eso es lo que vamos á decidir.

Bidoux se interrumpió.

—¡Caramba, qué calor hace!—dijo.

La ventanita, en donde se pudiera haber oído un roce de hojas, estaba al norte del pabellón.

Justina se levantó y la abrió del todo.

Después volvió á sentarse enfrente de Bidoux.

—Son doce mil francos de renta lo que Salvador nos debe, ¿no es verdad?—repuso el cochero.

—Sí.

—Es que hay rentas de rentas. Todo el mundo lo sabe. Yo quiero doce mil francos de renta en papel del tres por ciento francés. ¡Tengo confianza en mi país! ¿Comprendes?

—Perfectamente.

—Nosotros los beneficiaremos si así nos agrada. Eso no le importa á nadie más que á nosotros. Primer punto. Esta es una precaución que tal vez no espere nuestro hombre, pero que es justa.

—¿Después?—dijo Justina.

—Esto es lo delicado del asunto. Aunque nos dé mucho más no le queda á él poca porción.

Es preciso, pues, sacarle la mayor cantidad posible.

—Sin embargo...—observó la doncella.

Bidoux la retuvo con un gesto.

—He reflexionado mucho en estos días—dijo—y cuando yo reflexiono, no es por interés de los demás, es por el mío, quiero decir, por el nuestro...

—¿Y el resultado de esas reflexiones?

—El precio convenido no era más que para impedir que se hiciera el testamento, no para hacer desaparecer un testamento que estaba hecho.

—Eso es justo—afirmó Justina.

—Oye, pues, mi parecer: ¡doble tarea, doble beneficio! ¿Es esto lógico?

—Perfectamente.

El cochero levantó el dedo como un profesor que da su lección.

—Todavía—repuso—esto es moderado, porque se podría exigir más, tanto mejor cuanto que tenemos el papel.

—Ahí está—dijo Justina señalando á su habitación.

—¿Tienes la copia?

—Aquí la tengo.

Es preciso llevársela. ¡Cómo se sorprenderá el señorito Salvador! ¡No esperará este golpe! ¿eh?

Bidoux tenía tal vez una conciencia, pero demasiado elástica y tan difícil de penetrar como la piel de un tiburón.

—Nuestro hombre se *encabritará* en el primer momento,—murmuró—pero haciendo de tripas corazón, se amansará como un cordero. Después de todo, no tiene por qué quejarse. El será quien se lleve el montón y si las pequeñas hubieran cogido las tres cuartas partes, como á ello tenían derecho, él se vería obligado á oprimirse el vientre. ¿No hay noticias de las señoras?

—Sí—dijo Justina.

—¿En dónde están?

—Una está empleada en el almacén de ese Vennotte, que tiene una casucha aquí en las inmediaciones. Florencia es quien me lo ha dicho.

—¿Y la otra?

—En no sé que sitio, en un comercio.

—¿Qué comercio?—dijo Bidoux echándose á reír.

—No lo sé.

La doncella cortó las preguntas de Bidoux.

Evidentemente Justina estaba ménos acorazada contra sus recuerdos que Bidoux, y el recuerdo de aquellas dos víctimas vivientes, le era casi tan desagradable como el de su víctima muerta.

—Parece que no son felices—dijo.

—¡Qué nos importa á nosotros eso!—repuso Bidoux.

Separó la mesa y quiso marcharse.

La doncella carecía de valor y retrocedió sin afectación.

—Dí, Justina—repuso el cochero—creo que podremos hacer una buena casa, hija mía... ¡Veinticuatro mil francos netos! Sostén esto; no lo olvides, y, sobre todo, nada de concesiones. Mano á mano. Las rentas por el testamento. ¡Y que no ponga inconvenientes, porque dentro de ocho días será doble! ¿Irás?

—Puesto que es preciso...

—Mañana ó pasado mañana lo más tarde.

—Bueno.

—Yo te conduciré al tren. ¡Y nada de debilidades! ¿Qué son veinticuatro mil francos de renta para él? ¡Una bagatela! A nosotros es á quien debe el resto. Y si refunfuña, puedes hacerle esta pregunta.

—¿Cuál?

—Si se llevase el papel á las señoritas, ¿qué no darían por él las pobres?

—Justo.

Justina estaba evidentemente fría.

¿Era la historia de la gota de agua lo que la turbaba? ¿Era la perspectiva de casarse con Bidoux lo que no la gustaba?

No es posible saberlo.

—Vamos á dar una vuelta por las legumbres del suegro—dijo Bidoux, que no conseguía alegrarla.

Justina se levantó al mismo tiempo que él, y salieron del pabellón. Cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo.

La casa estaba vacía.

Entonces, entre los barrotes de hierro de la ventanita del fondo, una cara cubierta de vello y oscurecida por una espesa peluca de enmarañados cabellos, se levantó por grados.

Y dos ojos de una extraña viveza sondearon el interior de la habitación, en donde no se oía más que el zumbido de las moscas.

Pronto el busto de un hombre mal vestido se mostró, y dos brazos vigorosos sacudieron los barrotes, que no cedieron.

—¡Ah! los miserables—dijo—¡me lo pensaba! robaron el testamento de la señora, y está ahí, á dos pasos... ¡pero lo tendré, lo tendré!

Y se deslizó por entre la maleza.